

EDITORIAL

LAS REVISTAS Y EL QUEHACER CIENTÍFICO. EN TORNO AL CINCUENTENARIO DE LA revista española de pedagogía

por JOSÉ A. IBÁÑEZ-MARTÍN

Director de la revista española de pedagogía

Introducción

Kant hizo famoso el lema «de nobis ipsis silemus». Y ese principio de guardar silencio sobre nosotros mismos se ha mantenido en la **revista española de pedagogía** hasta el punto de que hace algún tiempo no se admitió la publicación de un interesante estudio bibliométrico sobre la revista, explicando a quien lo presentó que —aún afirmando la calidad del trabajo— nos parecía preferible no dedicar páginas de publicación a lo que pudiera interpretarse como autoalabanza.

Pero los principios deben aplicarse teniendo en cuenta las circunstancias. Y la circunstancia de hoy es realmente extraordinaria, ya que iniciamos el volumen cincuenta, siendo muy pocas las revistas pedagógicas que, en todo el mundo, han durado tantos años.

Por ello, el pasado año, el Consejo de Redacción estudió la forma de celebrar, razonablemente, este destacado aniversario. Algunas revistas extranjeras —como la *British Journal of Educational Studies* y la *International Review of Education*— festejaron sus primeros veinticinco años publicando un número monográfico con artículos dedicados a la evolución durante ese período de aproximadamente una decena de ciencias de la educación. Este planteamiento fue desechado pues, aunque ya ha

pasado un cierto tiempo, en otro momento ofrecimos a nuestros lectores una parte de este estudio. Otras revistas han publicado, en circunstancias similares, diversos análisis cuantitativos determinando, por ejemplo, el índice de impacto [1] de la propia revista en relación con las restantes del país. También desechamos esta posibilidad dado que no pretendíamos promover rivalidad alguna [2]. Por ello, terminamos eligiendo un camino distinto, consistente en nombrar a un Editor Invitado, ajeno al Consejo de Redacción, que se responsabilizara de un número especial dedicado a estudiar, principalmente, el desarrollo de las ideas y de las realidades educativas producido en este medio siglo. Tal número, que es el próximo en salir, dedicaría también algún artículo a examinar el desenvolvimiento de la prensa pedagógica en España, así como ofrecería una investigación bibliométrica de nuestra revista.

Ahora bien, junto a ello, parecía razonable que ya en el primer número de este quincuagésimo volumen, hubiera un Editorial que alertara a los lectores sobre la importancia del acontecimiento. Este Editorial pensé podría tener dos partes, una en la que se ofrecerían algunas consideraciones sobre el lugar de las revistas en el quehacer científico y otra en la que se expusieran ciertos datos y características significativas de nuestra revista.

Las revistas y el quehacer científico

Colaborar en la edición de una revista de investigación considero es participar en una aventura intelectual tan apasionante como peligrosa y aburrida.

Es apasionante, porque las revistas son unos de los foros más serios de las discusiones científicas. Un Congreso, a veces, tiene viveza, pero lo que allí se dice deberá terminar estando en condiciones de publicarse, lo que es necesario para poder analizarlo con detalle, abriendo así la posibilidad de influir en el avance de la ciencia; quizá por ello muchos Congresos carecen de viveza, en la medida en que los conferenciantes se limitan a proponer versiones adaptadas de trabajos ya publicados. En un libro cabe desarrollar, mucho más detenidamente que en una revista, temas relevantes. Pero todo libro significa un trabajo largo, también en el tiempo. De ahí la importancia de las revistas: sus artículos pueden tener el atractivo de abordar temas monográficos trabajados con la bibliografía más actual.

Tal atractivo es descubierto, primeramente, por los propios autores. Estoy de acuerdo con Hunter y Kuh cuando afirman que los «científicos prolíficos están motivados por un auténtico gozo y por una cierta reverencia hacia las actividades investigadoras» [3]. Aquí está la razón más

profunda que explica por qué se escribe o no se escribe. Desde luego no se publica en revistas científicas por dinero: normalmente no se paga —en esta revista, por ejemplo, no cobra ni el Director— y, a veces, incluso hay que pagar por las páginas publicadas. Tampoco se publica, simplemente, para conseguir un puesto universitario: en tal caso nunca publicarían quienes ya no pretenden hacer más oposiciones, como suele ser el caso de los Catedráticos. Lo cual no quiere decir que totalmente deban excluirse tales motivaciones de quienes escriben. En efecto, desde el 1989 toda publicación científica puede tener relevancia para los profesores de las Universidades estatales a la hora de recibir un complemento de sueldo por investigación. Por otra parte, sería ridículo negar que una motivación, a la hora de publicar, es, para no pocos, ponerse en condiciones para una promoción universitaria. Sin embargo, hay que reconocer que ésta es una cuestión en la que las reglas del juego son algo confusas. Concretamente, todo el mundo ha oído el famoso dicho americano «publish or perish». Pero, contra tal dicho, O'Neill, en un reciente artículo [4], proporciona datos que muestran cómo son muchos los profesores americanos que no publican y no sólo no mueren sino que, incluso, son promocionados, pues hay pequeños Departamentos que contratan o promocionan con la publicación de un solo artículo aparecido en una revista de prestigio —se entiende aquí como «prestigiosa» aquélla en la que para publicar es preciso recibir la evaluación positiva por un Comité según normas objetivas— mientras que las grandes Universidades exigen mucho más, de forma que la media de artículos para ser *Associate* termina siendo de tres y de cinco para ser *Professor* [5]. Desde luego la posición de O'Neill es claramente contraria a la mitigación de las exigencias en publicar. Por el contrario defiende que nadie debería ampararse en su dedicación a la docencia, pues más bien las investigaciones demuestran que ambas crecen juntas, beneficiándose la docencia de la publicación, y que por ello habría que basar en las publicaciones las decisiones sobre promoción, sueldo, permisos, años sabáticos, etc. [6].

De hecho, muchas de las revistas con prestigio no suelen tener especiales problemas a la hora de disponer de manuscritos originales que publicar. Y ésta es la causa por la que editar una revista científica es algo también peligroso. En efecto, según datos de lo que ocurre en las mejores revistas estadounidenses, es fácil encontrarse en la necesidad de rechazar entre el 50 y el 80% de los trabajos recibidos, concretamente dentro del ámbito de las ciencias sociales y del comportamiento [7]. Es lógico pensar que no pocos de estos trabajos carecen de las condiciones requeridas para ser publicados, pero es indudable que otros no se publicarán por no ser *los mejores*. Ahora bien, como para ningún autor es agradable la noticia de que el resultado de sus esfuerzos o no es bueno o no es excelente, puede ocurrir que se produzcan enojos contra la revista o contra el director de la misma,

cuando la actitud razonable en un autor sería estudiar cómo conseguir que su próximo artículo sea sobresaliente, superando un estéril complejo de víctima perseguida [8].

Ésta es una cuestión sobre la que, quizá, convendría reflexionar algo más, pensando en la preparación de los autores y en la evaluación de sus trabajos. Sobre la preparación, diversas publicaciones señalan la importancia de ciertos factores en el éxito de la carrera del joven investigador, entre los que destacaremos la existencia de un ambiente que mueve a publicar, los medios —también bibliográficos— e incentivos presentes para dedicarse a la investigación [9], así como haber tenido un mentor en los principios de la actividad investigadora. Mentor, como es sabido, es el fiel amigo de Ulises a quien éste le confía la custodia de sus intereses cuando sale para Troya. Así, un profesor universitario se convierte en mentor de un joven licenciado cuando atiende sus diversos intereses, lo que significa no simplemente que le firmará los papeles para que pueda presentar su tesis doctoral, sino que, de hecho, dirigirá su investigación, enseñándole ese conocimiento tácito, que muestra dónde están los temas importantes, cuáles son los autores significativos y cómo avanzar en el camino de la ciencia, conocimiento esencial para el éxito en la investigación científica y que es muy difícil alcanzar por uno mismo [10]. Naturalmente, este conjunto de factores suele estar por encima del control de quien se inicia en las tareas investigadoras. Por ello, la función evaluadora que llevan a cabo los Comités de las revistas científicas sobre los artículos que reciben, puede tener —si se sobrepasa la tentación del juicio destructor [11]— el carácter de una segunda oportunidad para quienes han crecido en circunstancias adversas. Como dice el nuevo Director de *Educational Theory*, hablando de su antecesor en el cargo, «un buen Director puede ayudar a los Autores a expresar mejor sus ideas y a tener ideas mejores» [12].

Colaborar en que salga adelante, por último, una revista científica no debe ocultarse que, también, es algo aburrido y el cansancio en tal tarea explica la desaparición de no pocas de ellas. La correspondencia mantenida con los autores, suscriptores o instituciones que solicitan intercambios, es muy numerosa. Las relaciones con la imprenta originan muchas idas y venidas. Conseguir que todos los artículos se adecúen a la misma normativa y que se disponga de los resúmenes en inglés o del currículum de los autores son pequeñeces en las que hay que invertir un tiempo desproporcionado. Los medios materiales y personales de que se dispone suelen ser escasos y conseguidos tras un esfuerzo impensable. Y para qué vamos a hablar de la lucha contra las erratas, pues aunque cada autor se responsabilice de la corrección de las pruebas de imprenta de su propio artículo, hay páginas que no son de autor alguno y, además, en todas las páginas va a ser enjuiciado el Consejo de Redacción, pues en una revista

ocurre bastante como en una película, en la que el Director no puede decir que su trabajo es perfecto y que la culpa de que no se oiga es del técnico de sonido.

Desde principios de los ochenta han aparecido en Estados Unidos un buen grupo de trabajos —por cierto, todos ellos publicados en revistas científicas— pronosticando la inmediata muerte de las actuales revistas y su pronta sustitución por periódicos electrónicos e inventos similares. Mantengo serias dudas acerca de tal pronóstico y no precisamente por desdeñar las posibilidades de la electrónica, cuya muy insuficiente implantación en la universidad española lamento sinceramente. Pero cada cosa tiene su lugar. Y no me parece fácil de reemplazar al papel impreso —que anima a la reflexión, a subrayar las ideas más sugestivas, a volver a leer por el rabillo del ojo la página anterior— y a las revistas cuya trayectoria de seriedad nos proporcionan un punto inexcusable de referencia para nuestras investigaciones.

La revista española de pedagogía: datos para una historia

Toda revista significa un producto objetivo que puede ser valorado e historiado «desde fuera». Pero quizá es lógico que, para tal valoración, quienes «estamos dentro» proporcionemos algunos datos, o hagamos presentes ciertos criterios de actuación.

Como la finalidad es lo primero a lo que debe acudir para juzgar de las cosas, recordemos que el objetivo de nuestra revista es ofrecer un conjunto de trabajos científicamente fundados que ayuden a profundizar en las diversas dimensiones del hecho educativo y a ejercer una práctica profesional más crítica y más eficaz. Con estas palabras se inician las Normas para los Colaboradores que, desde hace ya bastantes años, publicamos en todos los volúmenes, en una ocasión. Esta finalidad se ha procurado seguir estrictamente y, desde luego, lo que no ha ocurrido es que se haya rechazado algún artículo dotado de las características citadas, por tocar un tema menos de moda o por el tipo de tesis defendidas. Naturalmente, haber actuado según la finalidad expuesta, y disponer sólo de 600 páginas por volumen, ha llevado a no admitir un número considerable de originales. El porcentaje de trabajos no admitidos ha sido algo inferior a los que hemos citado antes. Concretamente en el quinquenio 1987-1991 se rechazaron el 43.4% de los trabajos presentados.

Quizá sea conveniente detenerse algo más en este punto. En efecto, se trata de saber cómo se interpreta esta finalidad y quién realiza la selección. Pues bien, tras diversos estudios en el Consejo de Redacción, se aprobaron

unas Normas para la evaluación de los originales que, al cabo de cierto tiempo, nos pareció razonable publicar, de forma que los colaboradores potenciales supieran con detalle los criterios según los cuales iban a ser juzgados. Tales Normas aparecieron en el número 178, de enero-abril de 1988, y se revisarán el próximo año. Los que realizan la selección son, habitualmente, los miembros del Consejo de Redacción y del Consejo Asesor, además de un corto número de especialistas a los que en diversos casos se ha acudido. Vaya a todos ellos mi agradecimiento por el desinteresado esfuerzo que realizan.

Es importante tener en cuenta que la selección se lleva a cabo siguiendo el criterio de la «doble ceguera», es decir, que quien envía un trabajo no sabe quién lo evalúa y el evaluador desconoce todos los datos personales del autor del artículo, siendo el Director quien reparte el trabajo. La decisión de los evaluadores siempre es razonada, de acuerdo con las Normas citadas, abriéndose la posibilidad de que el juicio positivo se condicione a introducir ciertas mejoras. Según lo que antes hemos dicho ayudaría a los autores recibir también el texto de las evaluaciones negativas, asunto que todavía es de imposible realización por la penuria de medios materiales y humanos de que la Redacción dispone; los autores saben que si en tres meses no han recibido respuesta desde la Redacción es que pueden enviar su trabajo a otra revista. Pero muchos reciben respuesta positiva, en la que no es raro encontrar observaciones para mejorar el artículo presentado. El interés de estas observaciones es indudable. Cabe señalar, por ejemplo, que hace un par de años se convocó en España un Concurso para premiar al mejor artículo pedagógico publicado en ese tiempo, que fue ganado por un estudio aparecido en nuestra revista, cuyo autor tuvo la amabilidad de escribirme una carta agradeciendo la ayuda que había recibido gracias a las observaciones que había atendido provenientes de quien en el Consejo había evaluado su colaboración.

Quizá convenga advertir que una de las muchas novedades introducidas por la **revista española de pedagogía** en el mundo de las revistas científicas de nuestro país ha sido el nombramiento ocasional de Editores Invitados. Hace ya años que habíamos publicado números monográficos. Pero recientemente se decidió en el Consejo de Redacción que, de vez en cuando, se nombrara a un Editor Invitado para preparar un número especial sobre algún tema concreto. Y, en este caso, el Consejo delegaba en el Editor todas las responsabilidades, encargándose él de buscar los colaboradores, analizar la calidad de los trabajos, etc. Ya se han publicado varios números como consecuencia de este acuerdo, cuya buena aceptación ha mostrado el acierto de la medida.

A lo largo de estos años han colaborado en la **revista española de**

pedagogía más de novecientas personas. La importancia de este número en relación con la comunidad científica pedagógica puede deducirse del siguiente dato: en el decenio 1982-1991 han colaborado 51 Catedráticos de Universidades españolas, lo que viene a ser casi las tres cuartas partes del número total de los Catedráticos del ramo [14]. Pero no han colaborado sólo españoles. El Consejo de Redacción decidió alentar la internacionalización de la revista y, en este sentido, se tomaron los siguientes acuerdos: nombrar miembros del Consejo Asesor a algunas personalidades extranjeras, publicar aunque fuera en lengua no española algunos artículos relevantes de autores extranjeros, dar noticia de Congresos que se realizaran fuera de España y publicar también reseñas de libros no escritos en español, siempre siguiendo el criterio de que las reseñas serían originales y los libros de reciente publicación. Todos estos acuerdos se han llevado a la práctica y considero que con éxito. Por ejemplo, de los tres miembros no españoles del Consejo Asesor, el Profesor Eisner acaba de ser nombrado Presidente de la American Educational Research Association y el Profesor Corradini ha sido nombrado Vicepresidente del Consiglio Nazionale della Pubblica Istruzione de Italia y ha ganado una plaza en la Universidad de Roma. También los artículos que se han publicado de investigadores extranjeros, la mayor parte de ellos no en español, han sido de considerable interés y hemos incorporado en nuestro índice de autores a personas de Alemania, Argentina, Chile, Estados Unidos, Francia, Holanda, Italia y Noruega. Como es lógico, el porcentaje de autores extranjeros será siempre pequeño, también considerando el nombre de nuestra revista.

Antes hemos señalado la importancia de la presentación de las revistas. Es un asunto al que se ha dedicado mucho tiempo. Primero, se realizó un estudio de las exigencias marcadas por las Normas internacionales de presentación de revistas científicas (ISO) cuyas prescripciones se han seguido al pie de la letra. Ello comporta bastante trabajo. Pero el lector tiene identificada toda página de la revista, se sabe el currículum y la dirección de los autores, se conoce cuándo se terminó de redactar el original, se proporcionan los datos necesarios para entrar en las grandes bases de datos internacionales, el modo de citar siempre es completo, uniforme y de acuerdo con criterios internacionalmente hablando mayoritarios, etc. Luego, se ha procurado seleccionar un papel que facilite la lectura y unos tipos de letras agradables, con un cuerpo legible sin dificultad. Y la lucha contra las erratas es denodada, lucha en la que, normalmente —gracias también al buen hacer de la imprenta— salimos victoriosos. Por último, debe señalarse el esfuerzo para que la revista llegue a los lectores poco tiempo después de la fecha señalada en cubierta.

El resultado de estos esfuerzos debe ser juzgado por los lectores. Sí cabe añadir la alegría de ver cómo la revista es solicitada, en un número

siempre creciente, desde veinticinco países, pues, además de España, llega a Alemania, Argentina, Bélgica, Brasil, Canadá, Colombia, Cuba, Chile, Estados Unidos, Francia, Holanda, Inglaterra, Italia, México, Perú, Polonia, Portugal, Puerto Rico, República Dominicana, Suecia, Suiza, Uruguay, Vaticano y Venezuela.

NOTAS

- [1] Técnicamente el factor «impacto» se suele definir como el cociente producido al dividir el número de veces que son citados los artículos de una revista a lo largo del año siguiente de su aparición —en el conjunto de las revistas científicas— partido por el número de artículos publicados por esa revista en un año. Vid. GARFIELD, E. (1990) How ISI Selects Journals for Coverage: Quantitative and Qualitative Considerations, *Current Contents*, 22, May, 28, p. 8. Obviamente estar en condiciones de hallar el impacto de las revistas exige una infraestructura colosal, que es la que tiene el ISI (Institute for Scientific Information), cuyos ordenadores procesan la información aparecida en siete mil revistas. Ahora bien, aunque ese modo de calcular el impacto tenga la fría belleza de la objetividad matemática, no todo el mundo está de acuerdo en que sea el mejor procedimiento para medir la relevancia científica de una revista, también porque hay revistas de interés general, que fácilmente son citadas y que, sin embargo, no están primordialmente dedicadas al avance en la investigación. Por ello otros autores han seguido criterios distintos, como, por ejemplo, hacer una encuesta entre una base amplia, dentro de los 15.000 miembros de la American Educational Research Association. Vid. en este sentido LUCE, T. S. y JOHNSON, D. M. (1978) Rating of Educational and Psychological Journals, *Educational Researcher* 7:10, November, pp. 8-10. El tema fue retomado tres años más tarde en la misma revista por WALBERG, H. J.; VUKOSAVICH, P., y SHIOW-LING TSAI (1981) Scope and Structure of the Journal Literature in Educational Research, *Educational Researcher* 10:8, pp. 11-13. Tiene también interés el método propuesto en Yugoslavia para medir la actividad científica. Vid. PRAVDIC, N.; AGANOVIC-BORAS, A. y KRTOVAC, D. (1988) In Search of a «Non-citation Index» Indicator for Scientific Activity Assessment in Less Developed Countries. Case Study of Croatia/Yugoslavia, *Scientometrics* 14:1-2, pp. 111-125.
- [2] Alguno podría pensar, no sin razón, que aunque hubiéramos deseado rivalizar no hubiéramos podido llevar a buen puerto esa pretensión. El ISI alguna vez es criticado por la política seguida a la hora de seleccionar las revistas, primando claramente las de lengua inglesa. Pero lo que es indudable es que la tarea que realiza es francamente buena y que las revistas publicadas en idioma distinto del inglés no disponen de un instrumento tan eficaz como el ISI se ha demostrado.
- [3] HUNTER, D. E. y KUH, G. D. (1987) The «Write Wings», *Journal of Higher Education* 58:4, July-August, p. 456. Hace algunos años (1973) R. K. Merton, en su conocido libro *The Sociology of Science: Theoretical and Empirical Investigations* (University of Chicago Press), mantenía que la investigación científica estaba regida por el principio de buscar la verdad desinteresadamente, y no por el deseo de encontrar argumentos para defender las propias ideas. Hoy no está de moda esta tesis. Considero, sin embargo, que —sin pretender ocultar el puesto real que puedan tener motivaciones ideológicas, de autoafirmación, etc.— las palabras de Merton expresan no sólo la necesaria garantía para ponderar la valía de una aportación científica sino también la explicación más profunda del porqué algunos sienten «una cierta reverencia hacia la actividad investigadora».

- [4] O'NEILL, G. P. (1990) Publish or perish: dispelling the myth, *Higher Education Review* 22:3, Summer, pp. 55-62.
- [5] Cfr. BOYES, W. J. et al. (1984) Publish or Perish: Fact or Fiction?, *Journal of Economic Education*, 15, p. 139, apud O'NEILL, G. P., o.c., p. 56. No hay estudios sobre lo que ocurre en España en este sentido, lo que sería muy interesante, también analizando cómo han incidido en ello las normas implantadas por la Ley de Reforma Universitaria para el acceso a la docencia superior.
- [6] O'NEILL, G. P., o.c., pp. 59-60. Esta afirmación me parece debe ser matizada. En efecto, J. A. CENTRA, en un conocido libro (1979) *Determining Faculty Effectiveness* (San Francisco, Jossey-Bass) hace notar cómo la productividad de los científicos no es homogénea sino que depende del ámbito de trabajo y del número de años de carrera: «durante los primeros doce años de experiencia, los profesores de ciencias de la naturaleza tienden a escribir más artículos que los realizados por los profesores de humanidades o de ciencias sociales, si bien a partir de entonces cambian las tornas: los que se dedican a humanidades y ciencias sociales publican algo más que los profesores de ciencias de la naturaleza. Por otra parte, los tres grupos, cuando han pasado veinte años de experiencia, publican menos que en cualquier momento anterior» (p. 123). No es extraño este descubrimiento de Centra. Ya desde Aristóteles se sabe que quienes se dedican a ciencias relacionadas con la experiencia humana alcanzan la madurez científica mucho más tarde que quienes trabajan en ciencias basadas en las matemáticas. Por ello cabe otorgar el Premio Nobel a un científico experimental que tiene menos de treinta años, lo que jamás ocurrirá con el Premio Nobel de Literatura.
- Tampoco debe olvidarse que no todos los profesores de Universidad son de ciencias puras. En un libro que marcó época, Lindsey afirma que «sin producir trabajos científicos un científico deja de ser científico, lo que no es verdad para el ingeniero, cuyos esfuerzos se ven a través de la ventana de la Biblioteca —puentes, edificios, automóviles y cosas similares—» (LINDSEY, D. (1978) *The Scientific Publication System in Social Science*, p. 46, San Francisco, Jossey-Bass).
- [7] Vid. LINDSEY, D. o.c., p. 32 y FISHER, W. T. (1990) To Accept or Reject: Peer Review, *The Journal of Educational Thought* 24:2, August, p. 105.
- [8] Vid. sobre este asunto SCARR, S. (1982) An Editor Looks for the Perfect manuscript, en LOEFFLER, D. *Understanding the Manuscript Review Process* (Washington, American Psychological Association).
- [9] Vid. HUNTER, D. E. y KUH, G. D., o.c., pp. 457-458.
- [10] Sobre toda esta cuestión, vid. LONG, J. S. y MCGINNIS, R. (1985) The Effects of the Mentor on the Academic Career, *Scientometrics* 7:3-6, March, pp. 255-280. Allí los autores señalan que quienes dan sus primeros pasos en la Universidad esperan del mentor que, ponderando su valía para ello, les ayude a alcanzar un puesto estable, lo cual es muy razonable y suele ser agradecido, si bien a veces, los jóvenes no se dan cuenta de otros favores importantes que reciben como ser presentados a las personas relevantes de su ámbito científico «y, en general, proporcionar al estudiante el acceso y el reconocimiento de la comunidad científica» (p. 257).
- [11] En la literatura americana se leen varias quejas contra la actuación de quienes evalúan los manuscritos, considerando que en vez de ser comprensivos tienden sólo a ver defectos en cualquier trabajo. Vid. por ejemplo, BOICE, R. y JONES, D. (1984) Why Academicians Don't Write, *Journal of Higher Education* 55:5, September/October, pp. 571-572.
- [12] «A good Editor can help authors make their points better, and make better points». N. C. BURBULES (1991) From the Editor, *Educational Theory* 41:4, fall, p. 341.
- [13] El término «originales» se usa con precisión. La **revista española de pedagogía** no está interesada en publicar trabajos ya editados, capítulos de libros o meras

partes de tesis doctorales o memorias de oposiciones que carezcan de la específica unidad propia de un artículo de revista.

- [14] En este grupo se aplica también uno de los hallazgos de A. J. Lotka (1926), quien en su famoso artículo *The frequency distribution of scientific productivity*, *Journal of the Washington Academy of Sciences* 16:12, decía que «la proporción de todos los autores que contribuyen con un solo trabajo debería ser sobre el 60 por ciento» (p. 321). De hecho, en el período analizado y dentro del grupo de referencia, nuestro porcentaje ha sido del 57%.

SUMMARY: JOURNALS AND SCIENTIFIC WORK, ON THE 50TH. ANNIVERSARY OF THE SPANISH REVIEW OF PEDAGOGY.

For the anniversary of the **revista española de pedagogía** it was decided by the Editorial Board to publish an special number that will be the next one. In this Editorial, the Editor shows the importance of journals in scientific works and analyses the characteristics of a good journal and why academicians write in them. Afterwards it is offered several data about the **revista española de pedagogía**: its objectives, number of authors, percentage of accepted manuscripts, the double-blind refereing process, the international coverage of the journal and so on.

KEY WORDS: Scientific Journals. Data for the history of the **revista española de pedagogía**.